Ernesto Mejía Sánchez

Los dioses

Caricias no esperadas, regalos que el azar
del amor ofrece a sus fieles servidores,
pasiones las más limpias y nunca duraderas,
en los ojos de alguien sin sentido y oscuro.
Desvelos de otros hombres y mujeres lascivos,
toda la maravilla que el cuerpo me depara,
el orgullo, el beso del amante, las lenguas
que el divino creador ha saboreado, por
indelebles ojos hacia mí dirigidos. Alguien
que no soy yo me rodea y me nombra. Huyo como
Caín. La mirada de fuego se ha posado en mis
hombros. Y quiero, y no, morir sin conocerla.